VII

El librero de los niños.

Pobre martir!—Cada vez que entraba en su tienda me reía mucho, pero salía lleno de admiración y de lástima.

Tenía su librería, ó mejor, su cuarto de suplicio, en un ángulo de la calle de Giusti, al lado de la escuela municipal de Norberto Rosa, poco más allá de otro librero de escuelas elementales, el cual le disputaba la pequeña parroquia escolar con cruel avaricia.

Era una tienda típica de libreros de niños, ó sea una mezcla extraña de cosas diversas, minúsculas, graciosas, inútiles, necesarias, ridículas, muy semejantes á la cabeza de los compradores. Tenía delante un escaparate muy grande y poco limpio, lleno de gramatiquillas, de tratadillos de aritmética, entre los cuales se veían en desorden cajitas abiertas con plumas, arenilleros con polvos de varios colores, y, dentro de los agujeros, compases y lápices; pelotas y trompos colgados, metidos en redecillas de

guita; hojas y pistilos para hacer flores de trapo; estampas de soldados, de color, pedazos de regaliz, bolas para juegos y libros de misa. En el fondo del escaparate, en medio de retratos en litografía de León XIII y del rey Humberto se leía un cartel pintado, con esta inscripción:—*Nuevo juego de la Barca;*—y debajo una cartera de hoja de lata con este letrero en grandes caracteres:—*Cartapacio escolar* INMORTAL, *privilegiado.* Y alrededor, calendarios con figurillas, papel de cartas con franjas y flores, modelos de dibujos para labores en cañamazo mezclados con algunos libros extraordinarios:—*El Observador de Gozzi,—Mis prisiones,—Los Novios,—La Vida de Franklin,*—amarillentos, envejecidos allí, en triste abandono sabe Dios desde cuánto tiempo.

Completaban la originalidad de aquel escaparate, flores contrahechas, destinadas á las criadas que acompañaban los niños á la escuela; una serie de tomitos toscos y plebeyos de cubiertas elocuentes, como *La verdadera llave del tesoro, La cocinera piamontesa* y *El Secretario galante*, tras de los cuales se leía (y no estaba fuera de lugar) un aviso fijado en tela: *Listas de revista para militares;* y pegado á la vidriera, por delante, otro anuncio manuscrito: *Se compran y venden sellos de cualquiera nación.* La tienda era pequeña y obscura, y tenía en el fondo, enfrente de la puerta un largo mostrador tras del cual el librero y su mujer resistían los asaltos de las turbas escolares, como si estuvieran detrás de fuerte barricada. El librero también era un tipo análogo á su tienda: un hombre como de cincuenta años, pequeño y ligeramente cargado de espaldas, con cuatro malos pelos sobre la frente y debajo de la nariz; mal encarado, irascible, pero bueno; con voz ronca y fuerte, muy gruñón, siempre amenazando, pero provisto de una paciencia infinita.

*
* *

Nunca olvidaré la primera vez que fuí á su casa para hacerle ciertas preguntas sobre su comercio, pocos minutos antes de abrirse la escuela, que era la hora en que afluían más compradores.

—Mal negocio, ¿eh?

El pobre hombre no tuvo necesidad de responderme. Tres chiquillos respondieron por él, tres pequeños parroquianos, petulantes, que apenas llegaban al mostrador, y cantaron los tres á un tiempo, como si hubiesen ensayado el terceto en la acera:

Déme un cuadernillo de papel con rayas azules, sin margen; un cuaderno con la cubierta de color de rosa de la clase número tres y con la fachada de la Exposición; y una pluma nueva, pero que escriba bien: mire usted que la pruebo.

Quiero un cuaderno de la clase número dos con la cubierta amarilla y el retrato de la reina Margarita; una hoja de papel, para dibujar, más limpio que el del otro día; y un lápiz para dibujo, de diez céntimos, pero bueno, y sáqueme usted la punta.

Para mí un pedazo de goma de cincuenta céntimos, pero que no se rompa enseguida como la de la semana pasada, que mi padre dijo: «Parece imposible, son unos tunantes;» una falsilla blanca de cinco céntimos; y también una hoja grande de cazadores á paso ligero.

El librero se cruzó de brazos y exclamó:

—Indicad otra vez uno á uno vuestras impertinencias respectivas.

Volvieron á decir los tres á un tiempo lo mismo. Entonces, según su costumbre, dejó escapar un silbido prolongado, que equivalía á:

—¡Señor, ayudadme!—última expresión de su paciencia.

Le había pasado ya lo mismo veintisiete veces aquella mañana. Después llamó en su auxilio á su mujer, la cual agarró por el cuello de la chaqueta á dos de los muchachos para que el tercero pudiera decir sólo lo que quería; y así que hubo servido á los tres gruñendo, el pobre hombre se volvió hacia mí y empezó de nuevo sus lamentaciones.

Lo gracioso era que hablaba de los chicos con el mismo lenguaje con que se habla de los hombres.

«Son gentes llenas de pretensiones y sin escrúpulos; serán acaso muchachos en su casa, pero en el *comercio*, demuestran todos tener cuarenta años...» Es un oficio pésimo el suyo; ganarse cinco céntimos en cien cuadernos, luchar con la competencia de un vecino que les había quitado la mitad de la parroquia, dando por cinco céntimos un cuaderno, una pluma y un pedazo de papel secante; lo que le obligaban á él á dar, además del cuaderno de papel secante y la pluma, una figura de *calcomanía*.

»Tener que luchar con una clientela ignorante é incivil, pero provista de una experiencia ya increíble en lo que al comercio de objetos

de escritorio se refiere; y de una tunantería matriculada hace años en materia de cuartos; y, después, con una casta de padres que no se hacían presentes más que para defender las pequeñas y groseras tunantadas de los chicos...

»Era una mala vida de la que yo no podía formarme idea, un comercio de perros.—¡Porque son perros!—Era su exclamación favorita.

—Palabra de honor—decía.—Preferiría ser librero de un presidio. Ahí viene uno.»

Entraba en aquel momento un niño, á quien él conocía de nombre y de hechos, y principió la siguiente escena.

El muchacho, cabeza de Medusa, con gorra encarnada, se acercó al mostrador, al que apenas llegaba con las narices, y dijo con voz de cabo de escuadra de mal humor:

—Un cuaderno de cinco céntimos papel número dos.

El librero:—¿Estás seguro que es número dos:

—He dicho número dos.

—Ahí está el cuaderno.

—Déme también la pluma y la calcomanía.

—Ahí están la pluma y la calcomanía.

—Quiero además una hoja grande de papel secante.

—Una grande no puede ser, media.

—Entonces cojo otra vez mis cinco céntimos.

El librero se impacientó, pero me dijo al paño.

—¿Qué he de hacer? Tengo que dársela; si no, va contándolo á la escuela, y me quita media docena de parroquianos.

Y le dió la hoja grande.

—Ahora—replicó el muchacho—déme usted cuadro obleas verdes.

—¡Un testarazo en el cuello voy á darte! ¡Holgazán, necio! ¿tú quieres arruinarme con tus cinco céntimos?—gritó el librero.—¡Vete pronto fuera, ó te echo á la calle pegándote algo que no se te caiga!

—¿Ha visto usted—me dijo cuando el muchacho se había ido—qué ladrones? ¡Y esto no es nada! algunos llegan á amenazarme: el otro día vino uno, al cual, por no haberle dado además de un cuaderno, como el otro librero, una cajita de plumas, me dijo:

—*En la escuela mando en tres bancos; ninguno de los tres bancos vuelve por aquí, ¿lo sabe usted?*

Había otros que, por la maldita ambición de hacer creer que escribían muy adelantados, compraban un cuaderno de rayas muy juntas para ellos, y, advertidos después por el maestro de que aquello no les servía, le llevaban el cuaderno ya emborronado con la pretensión de que se lo cambiase, y si no se lo cambiaba, empezaban á chillar y á llorar, haciendo que se reuniera la gente delante de la puerta. Había bribones que gastaban los cinco céntimos que le daba su padre en caramelos y en chucherías, é iban á él diciéndole:

—Haga el favor de darme un cuaderno; he olvidado los cinco céntimos, y hoy tengo examen; mañana pagaré.

Y recogido el cuaderno, no volvían á parecer por la tienda,

—Y todavía hay más, señor. Se aprovechan de la afluencia del día de examen, se ponen seis ó siete de acuerdo para venir aquí á armar barullo, y se llevan las cosas sin pagarlas, disputándoselas luego. Créalo usted, me dan muy malos ratos... ¡Maldito sea el ácido fénico!—y diciendo esto se tapaba la nariz porque había entrado una muchachita, muy bien vestida, á la cual sus padres habían fumigado para preservarla del cólera.—¡Luego me apestan la tienda!—exclamó cuando pudo respirar.—Venga, venga otra vez si quiere presenciar buenas cosas; ¡son perros!

***

Volví algunos días después y le encontré con aspecto tal, que parecía había plantado en sus carnes todas las plumas que distribuyera por la mañana.

Había tenido una entrevista con el padre de cierto muchacho que le debía veinte céntimos por cuatro cuadernos. El padre había entrado en la tienda con cara amenazadora.

—¡Dice usted que mi hijo no le ha pagado! Pues yo siempre le he dado los cinco céntimos.

—Pues yo nunca los he recibido.

—¡Pues mi hijo no miente!

—¡Mida usted sus palabras!—Estaba fuera de sí, contándome esta escena, cuando un muchacho, desde la puerta, preguntó con voz ronca:

—¿Quiere comprar un sello de Bolivia?

—¡Revienta!—respondió, y continuó:—Son perros y los padres no lo son menos. Créalo usted, es menester verlo. Vienen aquí los alumnos de primera enseñanza elemental á comprar el libro de lectura con grabados y se lo llevan á la escuela. ¿Usted sabe cómo manejan los chiquillos las cosas? Por la manía de ver pronto el elefante y el león, agarran las páginas con todos sus cinco dedos y las ponen hechas una lástima; puede usted figurarse cómo quedarán. Pues bien; al día siguiente se plantan aquí sus padres para decirme:

—¡Qué porquería de libro ha dado usted al niño!—¡Vea usted, caballero, eche una ojeada y mire qué libros me traen para encuadernar!

Y me presentó un libro de lectura que me hizo prorrumpir en estrepitosa carcajada.

Nunca, nunca he visto un pobre libro tratado de aquel modo, ni creía que las uñas infantiles pudieran llegar á tanto; parecía que durante siete días había estado en una carbonería, en poder de numerosa familia de gatos.

—¡Y pretenden que se lo devuelva como nuevo!—añadió el librero con su silbido acostumbrado; — ¿comprende? — Y son capaces, cuando vuelvan á tomarlo, de sostenerme en mis barbas que lo he ensuciado yo; yo, ¡pícaro mundo! ¿Es este un oficio de cristiano?

Entretanto los parroquianos se suceden despachándolos la mujer. Chiquillas del pueblo con peinados y voces de macho, jovencitas vestidas con elegancia, pequeños estudiantes con la cara manchada de tinta, grandullones de cuarto curso, señoritas de diez y seis años vestidas á la moda, que dirigen alrededor miraditas suaves y desdeñosas, y compran un cuadernillo de papel de cartas, un poco de yeso, una pistola de cinco céntimos ó una tabla de multiplicar.

Una niña de tercer año hizo que le cambiaran dos veces la calcomanía, porque las figuras *no eran interesantes.*

Un parroquiano, con un pañuelo á la cabeza contó sobre el mostrador cuatro miserables céntimos, y echó un rato en buscar la quinta monedita perdida en el fondo de su bolsillo entre un puñado de cáscaras de castañas. Uno muy pequeño, que llevaba la mano levantada con sus cinco céntimos, no se acordaba ya de lo que iba á comprar, el librero se vió obligado á nombrarle pacientemente diez ó doce cosas, hasta que al fin dió con lo que quería y pudo mandarlo con Dios. Otro, que tenía aspecto de que no querrían verlo en su casa ni pintado, puso cinco céntimos en el mostrador, y después, creyendo haber hecho ya su negocio, se fue y volvió á poco amenazando, como si le hubieran robado una gran cantidad, preguntando:

—¿Y mis cinco céntimos, señor librero?

Había también otros que tenían deudas antiguas y poniendo las monedas sobre el mostrador decían:

—Ahí tiene usted veinte céntimos: no me acuerdo bien si con esto he pagado todo.

Y se quedaban un rato allí, como si esperasen el recibo. El librero bufaba, echaba fuera el silbido de costumbre, y respondía siempre

con los puños apretados delante de la boca como para decir:—¡Ah! ¡si pudiera servirme de ellos! ¡Pobre diablo, y era incapaz de dar á nadie un papirotazo en la nariz!

Cierta vez encendió un fósforo para ver bien una media peseta que le había dado un parroquiano de dudosa fama, y me dijo:

—¡Hago esto porque me han dado por dos reales botones de estaño labrados.—Pero labrados con habilidad! ¡Qué perros!

—Y tú ¿qué quieres?—preguntó á un niño pequeño que llevaba en el sombrero una gran pluma de gallo.

—Déme — respondió — un cuaderno verde con la estampa de la *Tocadora de arpa.*

El librero puso sobre el mostrador el cuaderno verde con la tocadora de arpa. El muchacho la arrojó diciendo:

—No he dicho eso.

—¿Cómo que no has dicho esto?—preguntó el librero cruzándose de brazos.

—No, señor—contestó el muchacho con admirable desenvoltura;—he pedido un cuaderno azul turquí, con el monumento á Víctor Manuel.

El librero dejó caer los brazos y me miró. Después, servido el muchacho,

—¿Ha visto usted?—exclamó.—¿Se ha visto nunca un modo más impertinente de quemar la sangre? Luego lanzó el silbido ó resoplido de costumbre, y añadió:—Habrá oficios malos en el mundo, pero como éste, ninguno.

Y después de haber negado una cosa imposible á otro bribonzuelo, el cual, por venganza,

al irse le sacó un palmo de lengua, el pobre hombre se dejó caer en una silla, atusándose con sus manos los cuatro pelos que le quedaban y dió un suspiro de angustia. Había concluído la venta de la mañana.

¡Pobre alma atribulada! Volví muchas veces en el transcurso del año y tuve ocasión de conocer cuántos eran los tormentos de su profesión miserable; en invierno tenía la calamidad de la nieve: se la llevaban adherida á los zapatos, sacudían delante del mostrador las capas, los sombreros; le ponían, en fin, la tienda hecha una pocilga; en verano, volviendo de las excursiones al campo y vaciándose los bolsillos para hacer sitio á las cosas que compraban, le cubrían el suelo de tierra, de arena y de hierbas, entre todo lo cual se deslizaban grillos vivos y animalejos á medio morir, que hacían gritar de miedo á su mujer.

Por Navidad tenía el martirio del papel con orla para las cartas de felicitación, del cual nunca quedaban contentos; y cada parroquiano estaba pensando media hora, antes de escoger. Muchos hasta tenían la desfachatez de devolver el papel, después de dos días, diciendo que en *casa lo habían encontrado feo*, y ya llevaban escrita media cara. Para Año Nuevo, después, el azote de otros aguinaldos, esa costumbre *bárbara*, que Dios quiera se quite, de regalar una pluma, una estampa, aunque no sea más que regaliz, á todos los holgazanes que se decían parroquianos, de los que iba un diluvio de todos los barrios de Turín.

Se presentaban de cada vez media docena,

de caras que no había visto nunca, con pretensiones exorbitantes, y le decían:

—¡Qué, no me ha visto usted nunca! Y otros:—¡Si hemos venido siempre!—Y él:—¡Sois un atajo de embusteros!—Y ellos:—¡Mire cómo habla!—Y entonces, hacía una salida impetuosa y los echaba fuera con una regla en la mano, y desde la calle se burlaban de él, le llamaban *papamoscas, ensucia cartas,* á lo que el infeliz librero, lleno de rabia, exclamaba:

—¡Ladrones! ¡Perros! ¡Que llamo á los guardias!

Hasta que, cansado, volvía á su sitio y se dejaba caer en la silla diciendo:

—¡Hay que pegar fuego á la tienda! ¡Es imposible seguir adelante! ¡Me están *demoliendo!* ¡Estoy aniquilado!

Algunas veces me atrevía á contradecirle un poco hablándole de *crecientes esperanzas,* y trataba con buenas razones de inculcarle la resignación.

—Usted se equivoca al expresarse de ese modo contra los niños; porque oiga usted una de estas tres cosas: ó son mejores que éramos nosotros á su edad, y esto debe alegrarnos; ó son lo mismo, y entonces no tenemos el derecho de quejarnos; ó son peores, y la culpa no es de ellos, es nuestra; porque al fin nuestra es la sangre que corre por sus venas, y lo que hagan será el fruto de nuestra educación. Esto no tiene vuelta de hoja.

Pero á estas observaciones no respondía. Como si le hubiere hablado en griego, alzaba

los ojos al cielo y decía:—¡Perros!—y seguía adelante.

Pero lo más gracioso era la fraseología que empleaba hablando de los chicos.

Según él, nuestro *Código penal* tenía un gran vacío; hablaba mucho, principalmente de la dificultad, del mérito que había en conservarse honrado, teniendo que luchar con aquella gentecilla; había niños que venían á proponerle toda clase de picardías; libros robados en casa, que costaban ocho ó diez pesetas cada uno, querían venderlos por dos reales, y conocía colegas que se aprovechaban de esto. Pero él tenía las manos limpias.

—Trato con bribones—decía,—pero soy una persona decente, y ninguno de estos tunantes conseguirá nunca que vaya con él á los tribunales.

La semana anterior, por ejemplo, se le había presentado una niña á comprarle por diez pesetas *cajas de sorpresa;* cuarenta reales robados á mamá, de seguro, y la había despedido con un bufido, capaz de quitarle el apetito á la muchacha durante una semana. Daba risa, sobre todo, oirle hablar de los tipos que se le presentaban, de los embrollones que le hacían perder la cabeza, ofreciéndole todo género de contratos y permutas, de pequeños préstamos, de ventas á plazos, de negocios complicados, ideados con una sutileza de viejos comerciantes, que le dejaban lleno de estupor y avergonzado de su propia sencillez.

Conocía ciertos pequeños estafadores, que eran una perpetua amenaza para su negocio,

y hablaba de ello con una mezcla de admiración y de terror, como hablaría un banquero de poderosos rivales, con los cuales tuviese que luchar, y de los que tuviera que temerse algo.

—¿Ve usted aquel de los pantalones verdes? —me dijo una mañana señalándome un pequeño alumno de tercer año que jugaba al trompo en medio de la calle.—Aquel que está allí—añadió bajando la voz—es más pícaro que yo, que usted, y que todos los libreros de Turín juntos. Aquel se me comía la tienda en un mes si no estuviera en guardia.

Y concluyó con un suspiro y con su estribillo acostumbrado:

—¡Perros! ¡Cuando yo lo digo!...

Había también, sin embargo, días fastos, rarísimos, en los cuales, después de haber dirigido su acostumbrada invectiva contra aquella *casta*, admitía alguna excepción; eran días en los que le habían dado un poco de respiro.

—Cierto—decía á modo de concesión,—que hay también buenos chicos entre aquella gente, muchachos de conciencia incapaces de... Hay algunos que tienen buen corazón, niños que vacían su bolsillo aquí en el mostrador y compran libros y papel para los compañeros pobres. La semana pasada, un chiquillo de siete años, que estaba comprando un modelo de papel de una basílica, viendo entrar á un pobre, le echó una peseta en el sombrero y se quedó con las manos vacías. Hace tres años, por ejemplo, el día de San Gaudencio, tres muchachos de segundo año me trajeron un ramillete. No son todos malos... ninguno merece estar en presidio.

Esta era la más cariñosa expresión de su indulgencia.

Pero al día siguiente llegaba yo á la tienda, cuando acababa de ser objeto de una demostración hostíl que le habían hecho desde la puerta, después de haberle dejado en el mostrador, á guisa de tarjetas, cáscaras de manzanas y ñísperos á medio mascar, y entonces negaba hasta las honrosas excepciones; la generación nueva era una marea creciente de maldad; Italia estaba perdida; para el verano habría ya cerrado la tienda, estaba muy mal de salud, le quedaban contados días de vida, y dejaba oír un resoplido hondísimo, en el cual parecía exhalar el alma entera.

La última escena á que asistí en su tienda no se pagaba con todo el oro del mundo.

Entró un chiquillo de cuarto año, mal encarado, á quien miró con recelo.

—Este viene á hacer alguna barbaridad—me dijo.

Lo conocía mucho; había tenido con él una cuestión el día anterior por una esponjita de pizarra.

El muchacho se acercó, dejó cinco céntimos en el mostrador y dijo en voz alta:

—Déme una vida de animal.

El librero le miró un momento de reojo, pensando si tras de aquella petición se escondería alguna injuria. Pero el muchacho permaneció impasible.

Por otra parte, aquella era la expresión de

que se valían todos para pedir una hoja iluminada en la que estaban representados animales comunes.

El librero fue á buscar la estampa en los estantes, mirando siempre con recelo; después puso la hoja en el mostrador.

—¿Está el burro?—preguntó el muchacho.

El librero temblaba; pero calló con dignidad.

El muchacho tomó su hoja y se fue.

Entonces el buen hombre comenzó á examinar atentamente los cincos céntimos, teniéndolos entre la punta de los dedos, y diciéndome:

—Los miro, porque á veces, en venganza, me los traen llenos de porquería.

Después salió del mostrador, miró por el suelo todo alrededor y me dijo:

—Miro... porque, á veces, aparecen por aquí pequeños petardos que producen con su explosión un ruído infernal, y una vez por poco hacen abortar á mi mujer.

Después miró bien delante del mostrador, diciéndome que algunos, mientras él se volvía á buscar en los estantes lo que pedían, dejaban pegada al mostrador una cabeza de burro en papel recortado, y luego venían en tropel con sus compañeros para hacer burla desde la puerta.

Examinado el mostrador, salió fuera y volvió después más tranquilo, diciéndome:

—No ha escupido en el escaparate.

Pero le entró una nueva sospecha y volvió y salir, diciendo al entrar:

—He echado una ojeada á la acera, porque á veces escriben con carbón: *Librero ladrón*, y esto desacredita el establecimiento. ¿Ha comprendido—dijo por último—qué clase de vida tengo que llevar? ¡Se está mejor en un bosque lleno de ladrones que entre esta canalla!

Y empezó á cuestionar con otro muchacho, á quien decía, enseñándole los puños, *si lo iba á volver tísico;* un muchacho, de tres palmos de alto, el cual, habiendo comprado dos lápices y veinte céntimos de *calcomanías*, pretendía, no sólo que le sacase punta á los dos lápices por ambos lados, sino que le fuese pegando con saliva sobre una hoja de cartón, una por una, todas las veinticuatro figuritas.

Después de aquel día estuve mucho tiempo sin verlo. Supe que había recibido un golpe en el corazón, de un *vendedor de periódicos* que había establecido un puesto enfrente de él, un bribonzuelo que vendía también libros para escuelas y objetos de escritorio á un precio tal y con tales *agregados*, que no podía ser más que robándolos ó adquiriéndolos mal; una verdadera plaga para él, que le reducía á la nada en seis meses.

En el curso del año no volví á verlo, hasta una vez, á fin de Junio, que estaba inmovil en medio de la calle, delante de la escuela, pocos momentos antes de la salida de las clases, caviloso y pensativo, con la mirada fija en aquellas funestas paredes que encerraban tantos tristes recuerdos, tantos engañadores suyos, tantos atormentadores de su vida. Y después de haberlo contemplado un rato, me acerqué

á él precisamente en el momento en que salían los muchachos de la escuela.

La calle se llenó de ellos: era un torrente de vida; un gran chillerío se extendía por todas partes, pareciendo las notas alegres de una inmensa bandada de pájaros.

Después de haberlo saludado me volví á contemplar aquel espectáculo, siempre nuevo y agradable, que hace despertar tantas confusas esperanzas en el ánimo, y al que me parecía también que él mismo, el pobre martir, no era del todo indiferente; me pareció que bajo su adusto ceño de costumbre, en el fondo de su alma, tenía aún como un resto de simpatía y de admiración, y hasta un rastro de perdón. Y le dije, enseñándole aquel gratísimo espectáculo:

—¿No es verdad que eso es muy hermoso?

Pero en vez de arrancarle mi pregunta la expresión de sus nuevos sentimientos, le hizo volver de pronto á sus añejas preocupaciones.

—Sí, sí, está bien—replicó con su voz bronca, aunque un poco más suave que de costumbre;—para verlos, sí... Pero—con una explosión de cólera,—¡es menester sufrirlos en los negocios, en el comercio! ¡Allí querría verle á usted, señor mío!

Y volviendo su honrada espalda, entró en su cuarto de tormentos, en el cual me presenté á saludarle la última vez, hace dos meses, al volver á abrirse las escuelas, porque pasando por allí, por casualidad, y viendo en el escaparate en medio de trompos y cartillas un libro amarillo, que me tocaba muy de cerca, en el «corazón» (1); no pude dejar de entrar para darle las gracias.

—Veo que también lo tiene usted...—le dije asomándome.

—¿Qué quiere usted?—me respondió levantándose desde detrás del mostrador;—ese bruto *periodista* (el vendedor de periódicos) de enfrente lo ha puesto en seguida á la vista, y también he tenido yo que tomarlo.

Después me mostró con una sonrisa muy significativa que lo había leído.

Yo esperaba con gran curiosidad su juicio.

—¿Y bien?—le pregunté.

Sacudió la cabeza de un modo poco satisfactorio.

Después me expresó su juicio literario y pedagógico lentamente, con estas sencillas palabras:

—Pues bien... créame: ¡es una raza de perros!

(1) Alude Amicis á su hermosísimo libro titulado *Cuore*, y que el traductor de estas líneas también ha vertido al castellano, con el título de *Corazón* (Diario de un niño).